

Más para que el lector pueda apreciar el hecho y la reflexión del autor original, debemos advertir que el abad de Usperg que escribía bajo el imperio de Federico II en la época de sus contestaciones con Gregorio IX, juzgó mal de este suceso á consecuencia del odio que había concebido contra los romanos Pontífices. El Gefe de la Iglesia no tiene necesidad de someterse á los usos de una iglesia particular en que se encuentre. Si el Papa cedió en esta ocasión, es señal de que mostró mas prudencia y virtud que Liupoldo, y que al paso que sostenía la censura que había pronunciado no quiso contribuir al escándalo dado por el diácono y al que además podía resultar de la conducta del prelado.

Después de haber remediado los desórdenes de Alemania, volvió el Papa Leon á Italia, esforzándose á restablecer la pureza de las costumbres y de la disciplina durante su viaje, y procurando con todo su poder el mayor bien de la Religión. Al pasar por la Lorena se llevó consigo á Humberto, abad de Moyon Moutier, y le hizo obispo y cardenal. Pronto veremos cómo se distinguió este prelado entre los mas ilustres de su siglo, así por su ciencia como por los importantes servicios que prestó á la Iglesia. En Siponto, ciudad situada á la falda del monte Gargano, celebró Leon otro Concilio en que depuso á dos arzobispos simoníacos (1050).

Poco después de las solemnidades de Pascua celebró por fin en la iglesia de Letran el Concilio romano que había indicado (1), al cual asistieron cincuenta y cinco entre obispos y arzobispos, siendo muchos de ellos del reino de Francia, como interesados principalmente en los asuntos que habían de tratarse en él á consecuencia del Concilio de Reims. Se confirmó la deposición

(1) Herm. Conc. ann. 1050.

de Gelduino de Sens; pero creyó el prudente Pontífice que debía rehabilitar al sucesor que se le había dado de un modo irregular, aunque con justicia en el fondo de las cosas. Hugo de Langres, acusado de tantos delitos, había conservado siempre la fé, y aun mucho celo contra los hereges, pues es el primer autor de quien se tiene noticia de que haya escrito contra Berengario. El horror de la excomunión y el estado deplorable de su conciencia escitaron sus remordimientos. Fué descalzo á Roma, y no solo confesó sus pecados al Papa, sino que se presentó al Concilio con la espalda desnuda y con varas en la mano, suplicando á los Padres que por medio de una corrección saludable le libertaran de los castigos eternos que reconocía haber merecido por sus grandes maldades. Se enternecieron y lloraron los obispos: el Papa estaba inclinado á tratarle con toda indulgencia, y deseaba restablecerle en su dignidad episcopal haciendo una escepcion á las reglas comunes; pero Hugo no quiso emplearse en otra cosa que en llorar sus extravíos, se retiró á San Vannes de Verdun, donde era abad su hermano Valerian, tomó allí el hábito monástico, y murió algun tiempo después con los mas vivos sentimientos de penitencia. Se había citado también al Concilio de Roma al obispo de Dol en Bretaña, y á los que decían ser sus sufragáneos, para que respondiesen sobre su resistencia á sujetarse al arzobispo de Tours; y no habiendo comparecido, fueron excomulgados como contumaces y sospechosos del delito de simonía de que también se les acusaba. El Papa Leon canonizó en el Concilio de Letran á San Gerardo (1), que había sido uno de sus predecesores en la Silla de Toul (1050) (a).

(1) Mabill. Praef. Saec. V. Bened. part. 2; Vil. S. Leon. IX. ap. Bolland. tom. 10, pag. 643.
(a) En este mismo año 1050 en que se celebró el Concilio de Letran, se tuvo también otro en Cojan-

Pero el asunto mas importante que se trató en él, fué el exámen de los errores de Berengario, delatados al mismo Concilio. Este falso doctor, que puede mirarse como el primer heresiarca propiamente tal que ha-

ya producido las Galias, había nacido en el pais de Tours con todas las cualidades que caracterizan á los novadores; pero sobre todo con una inclinación declarada á las ideas de los hereges. Mas para que el lector pueda apreciar el hecho y la reflexión del autor original, debemos advertir que el abad de Usperg que escribía bajo el imperio de Federico II en la época de sus contestaciones con Gregorio IX, juzgó mal de este suceso á consecuencia del odio que había concebido contra los romanos Pontífices. El Gefe de la Iglesia no tiene necesidad de someterse á los usos de una iglesia particular en que se encuentre. Si el Papa cedió en esta ocasión, es señal de que mostró mas prudencia y virtud que Liupoldo, y que al paso que sostenía la censura que había pronunciado no quiso contribuir al escándalo dado por el diácono y al que además podía resultar de la conducta del prelado. Después de haber remediado los desórdenes de Alemania, volvió el Papa Leon á Italia, esforzándose á restablecer la pureza de las costumbres y de la disciplina durante su viaje, y procurando con todo su poder el mayor bien de la Religión. Al pasar por la Lorena se llevó consigo á Humberto, abad de Moyon Moutier, y le hizo obispo y cardenal. Pronto veremos cómo se distinguió este prelado entre los mas ilustres de su siglo, así por su ciencia como por los importantes servicios que prestó á la Iglesia. En Siponto, ciudad situada á la falda del monte Gargano, celebró Leon otro Concilio en que depuso á dos arzobispos simoníacos (1050). Poco después de las solemnidades de Pascua celebró por fin en la iglesia de Letran el Concilio romano que había indicado (1), al cual asistieron cincuenta y cinco entre obispos y arzobispos, siendo muchos de ellos del reino de Francia, como interesados principalmente en los asuntos que habían de tratarse en él á consecuencia del Concilio de Reims. Se confirmó la deposición de Gelduino de Sens; pero creyó el prudente Pontífice que debía rehabilitar al sucesor que se le había dado de un modo irregular, aunque con justicia en el fondo de las cosas. Hugo de Langres, acusado de tantos delitos, había conservado siempre la fé, y aun mucho celo contra los hereges, pues es el primer autor de quien se tiene noticia de que haya escrito contra Berengario. El horror de la excomunión y el estado deplorable de su conciencia escitaron sus remordimientos. Fué descalzo á Roma, y no solo confesó sus pecados al Papa, sino que se presentó al Concilio con la espalda desnuda y con varas en la mano, suplicando á los Padres que por medio de una corrección saludable le libertaran de los castigos eternos que reconocía haber merecido por sus grandes maldades. Se enternecieron y lloraron los obispos: el Papa estaba inclinado á tratarle con toda indulgencia, y deseaba restablecerle en su dignidad episcopal haciendo una escepcion á las reglas comunes; pero Hugo no quiso emplearse en otra cosa que en llorar sus extravíos, se retiró á San Vannes de Verdun, donde era abad su hermano Valerian, tomó allí el hábito monástico, y murió algun tiempo después con los mas vivos sentimientos de penitencia. Se había citado también al Concilio de Roma al obispo de Dol en Bretaña, y á los que decían ser sus sufragáneos, para que respondiesen sobre su resistencia á sujetarse al arzobispo de Tours; y no habiendo comparecido, fueron excomulgados como contumaces y sospechosos del delito de simonía de que también se les acusaba. El Papa Leon canonizó en el Concilio de Letran á San Gerardo (1), que había sido uno de sus predecesores en la Silla de Toul (1050) (a).

ya producido las Galias, había nacido en el pais de Tours con todas las cualidades que caracterizan á los novadores; pero sobre todo con una inclinación declarada á las ideas de los hereges. Mas para que el lector pueda apreciar el hecho y la reflexión del autor original, debemos advertir que el abad de Usperg que escribía bajo el imperio de Federico II en la época de sus contestaciones con Gregorio IX, juzgó mal de este suceso á consecuencia del odio que había concebido contra los romanos Pontífices. El Gefe de la Iglesia no tiene necesidad de someterse á los usos de una iglesia particular en que se encuentre. Si el Papa cedió en esta ocasión, es señal de que mostró mas prudencia y virtud que Liupoldo, y que al paso que sostenía la censura que había pronunciado no quiso contribuir al escándalo dado por el diácono y al que además podía resultar de la conducta del prelado.

Después de haber remediado los desórdenes de Alemania, volvió el Papa Leon á Italia, esforzándose á restablecer la pureza de las costumbres y de la disciplina durante su viaje, y procurando con todo su poder el mayor bien de la Religión. Al pasar por la Lorena se llevó consigo á Humberto, abad de Moyon Moutier, y le hizo obispo y cardenal. Pronto veremos cómo se distinguió este prelado entre los mas ilustres de su siglo, así por su ciencia como por los importantes servicios que prestó á la Iglesia. En Siponto, ciudad situada á la falda del monte Gargano, celebró Leon otro Concilio en que depuso á dos arzobispos simoníacos (1050). Poco después de las solemnidades de Pascua celebró por fin en la iglesia de Letran el Concilio romano que había indicado (1), al cual asistieron cincuenta y cinco entre obispos y arzobispos, siendo muchos de ellos del reino de Francia, como interesados principalmente en los asuntos que habían de tratarse en él á consecuencia del Concilio de Reims. Se confirmó la deposición de Gelduino de Sens; pero creyó el prudente Pontífice que debía rehabilitar al sucesor que se le había dado de un modo irregular, aunque con justicia en el fondo de las cosas. Hugo de Langres, acusado de tantos delitos, había conservado siempre la fé, y aun mucho celo contra los hereges, pues es el primer autor de quien se tiene noticia de que haya escrito contra Berengario. El horror de la excomunión y el estado deplorable de su conciencia escitaron sus remordimientos. Fué descalzo á Roma, y no solo confesó sus pecados al Papa, sino que se presentó al Concilio con la espalda desnuda y con varas en la mano, suplicando á los Padres que por medio de una corrección saludable le libertaran de los castigos eternos que reconocía haber merecido por sus grandes maldades. Se enternecieron y lloraron los obispos: el Papa estaba inclinado á tratarle con toda indulgencia, y deseaba restablecerle en su dignidad episcopal haciendo una escepcion á las reglas comunes; pero Hugo no quiso emplearse en otra cosa que en llorar sus extravíos, se retiró á San Vannes de Verdun, donde era abad su hermano Valerian, tomó allí el hábito monástico, y murió algun tiempo después con los mas vivos sentimientos de penitencia. Se había citado también al Concilio de Roma al obispo de Dol en Bretaña, y á los que decían ser sus sufragáneos, para que respondiesen sobre su resistencia á sujetarse al arzobispo de Tours; y no habiendo comparecido, fueron excomulgados como contumaces y sospechosos del delito de simonía de que también se les acusaba. El Papa Leon canonizó en el Concilio de Letran á San Gerardo (1), que había sido uno de sus predecesores en la Silla de Toul (1050) (a).

Después de haber remediado los desórdenes de Alemania, volvió el Papa Leon á Italia, esforzándose á restablecer la pureza de las costumbres y de la disciplina durante su viaje, y procurando con todo su poder el mayor bien de la Religión. Al pasar por la Lorena se llevó consigo á Humberto, abad de Moyon Moutier, y le hizo obispo y cardenal. Pronto veremos cómo se distinguió este prelado entre los mas ilustres de su siglo, así por su ciencia como por los importantes servicios que prestó á la Iglesia. En Siponto, ciudad situada á la falda del monte Gargano, celebró Leon otro Concilio en que depuso á dos arzobispos simoníacos (1050). Poco después de las solemnidades de Pascua celebró por fin en la iglesia de Letran el Concilio romano que había indicado (1), al cual asistieron cincuenta y cinco entre obispos y arzobispos, siendo muchos de ellos del reino de Francia, como interesados principalmente en los asuntos que habían de tratarse en él á consecuencia del Concilio de Reims. Se confirmó la deposición de Gelduino de Sens; pero creyó el prudente Pontífice que debía rehabilitar al sucesor que se le había dado de un modo irregular, aunque con justicia en el fondo de las cosas. Hugo de Langres, acusado de tantos delitos, había conservado siempre la fé, y aun mucho celo contra los hereges, pues es el primer autor de quien se tiene noticia de que haya escrito contra Berengario. El horror de la excomunión y el estado deplorable de su conciencia escitaron sus remordimientos. Fué descalzo á Roma, y no solo confesó sus pecados al Papa, sino que se presentó al Concilio con la espalda desnuda y con varas en la mano, suplicando á los Padres que por medio de una corrección saludable le libertaran de los castigos eternos que reconocía haber merecido por sus grandes maldades. Se enternecieron y lloraron los obispos: el Papa estaba inclinado á tratarle con toda indulgencia, y deseaba restablecerle en su dignidad episcopal haciendo una escepcion á las reglas comunes; pero Hugo no quiso emplearse en otra cosa que en llorar sus extravíos, se retiró á San Vannes de Verdun, donde era abad su hermano Valerian, tomó allí el hábito monástico, y murió algun tiempo después con los mas vivos sentimientos de penitencia. Se había citado también al Concilio de Roma al obispo de Dol en Bretaña, y á los que decían ser sus sufragáneos, para que respondiesen sobre su resistencia á sujetarse al arzobispo de Tours; y no habiendo comparecido, fueron excomulgados como contumaces y sospechosos del delito de simonía de que también se les acusaba. El Papa Leon canonizó en el Concilio de Letran á San Gerardo (1), que había sido uno de sus predecesores en la Silla de Toul (1050) (a).

(1) Mabill. Praef. Saec. V. Bened. part. 2; Vil. S. Leon. IX. ap. Bolland. tom. 10, pag. 643.

(a) En este mismo año 1050 en que se celebró el Concilio de Letran, se tuvo también otro en Cojan-

nuevas y á las aventuras arriesgadas, con un amor desordenado de la preferencia, con el talento de recomendarse, y con un espíritu al mismo tiempo obstinado y flexible, incapaz de variar y siempre pronto á retractarse. Enseñó en su patria, conservó la escuela de Tours siendo arcediano de Angers, y adquirió la reputacion de ser uno de los maestros mas hábiles que habia en las Galias.

En este tiempo un jóven italiano llamado Lanfranco, que acababa de concluir la carrera de sus estudios en Pavia con un crédito extraordinario, fué á buscar á Francia la fama y la gloria que entonces amaba con pasion. Tuvo con Berengario una disputa pública en la que estuvo muy lejos de recibir aplausos el profesor tan celebrado. Aunque solo se trató de cuestiones muy indiferentes, muchos discípulos de Berengario perdieron la alta idea que tenian de su sabiduría, y le abandonaron. Yendo Lanfranco algun tiempo despues á la capital de Normandía, fué acometido por

su patria en una hermita que hizo edificar junto al lago, pasó muchos años santamente. En vida y en muerte fué esclarecida con milagros que Dios obró por su intercesion; la Iglesia la pone en el número de los Santos que reinan con Cristo en el cielo, y en muchas iglesias de España se la hace fiesta á 15 de abril. (En el arzobispado de Toledo se la celebra el 9).—La Zayda, quier fuese por el ejemplo de Santa Casilda, ó por otra ocasion, se movió á hacerse cristiana, en especial que en sueños le apareció San Isidoro y con dulces y amorosas palabras la persuadió pusiese en ejecucion con brevedad aquel santo propósito. Dió ella parte de este negocio al rey su padre; él estaba perplejo sin saber qué partido debria tomar. Por una parte no podia resistir á los ruegos de su hija; por otra temia la indignacion de los suyos si le daba licencia para que se baptizase. Acordó finalmente comunicar este negocio con Don Alonso, hijo del rey D. Fernando: concertaron que con muestra de dar guerra á los moros hiciese con golpe de gente entrada en tierra de Sevilla, y con esto cautivase á la Zayda, que estaria de propósito puesta en cierto pueblo que para este efecto señalaron. Sucedió todo como lo tenían trazado; que los meros no entendieron la traza, y la Zayda llevada á Leon fué instruida en las cosas que pertenece saber á un buen cristiano. Bautizada se llamó doña Isabel, si bien el arzobispo D. Rodrigo dice que se llamó doña Maria. (N. del E.)

unos ladrones que le robaron en un selva, y le dejaron atado á un árbol. Inspirándole sentimientos de piedad el peligro y la desgracia, quiso cantar las alabanzas de Dios; pero como no sabia ninguna de memoria, se avergonzó del honor que habia adquirido en las ciencias profanas, cuando era tan ignorante en la de la salvacion. «Señor, exclamó, libradme del peligro en que me hallo, y con vuestra gracia yo aprenderé á servirlos.» Hecha esta oracion, oyó que pasaban unos caminantes y les pidió socorro. Luego que le desataron, les suplicó que le dijese cuál era el monasterio mas pobre de aquel pais. «No conocemos otro mas pobre ni mas santo, le dijeron, que el que ha edificado aquí cerca un buen hombre;» y le pusieron en el camino que guiaba á él (1).

Era el del Bec (Pico), llamado así en lengua céltica por el arroyo en cuya orilla se construia en un estado muy diferente de lo que llegó á ser despues. Herluino era el abad, el fundador, el arquitecto y el albañil, con algunos pobres compañeros que habia reunido. Descendia no obstante de Ansgor, de la familia de los primeros príncipes normandos que pasaron de Dinamarca, y de Heloisa, parienta de los condes de Flandes; y por las pruebas que habia dado de valor, le estimaba muy particularmente Gisleberto, conde de Brionne y nieto del duque Ricardo I; pero habia dejado todas estas ventajas por entregarse á los trabajos mas viles y á una vida tan austera, que consistia todo su alimento en pan de centeno y en algunas yerbas cocidas con agua y sal. Su madre renunció igualmente los bienes del siglo, y se retiró á un paraje inmediato á aquel monasterio para lavar los hábitos de los monges y servirles en otras tareas de esta clase (2).

(1) VII. saec. V. Bened. part. 1, pag. 635; Bolland. tom. 17, pag. 838.

(2) Saec. VI. Bened. part. 2, pag. 343.

Cuando llegó Lanfranco al Pico, encontró á aquel santo hombre empleado en construir por sí mismo un horno. No puedo ver esta santa simplicidad sin enternecerse, y postrándose á los pies del abad se los besó con gran respeto. Herluino por su parte se admiró de la humildad de un hombre tan sábio, y creyó haber encontrado el sugeto que hacia ya algun tiempo pedia al Señor para instruir á sus discípulos, porque él se reconocia incapaz de ejecutarlo. En efecto, apenas sabia leer, pues antes de su retiro no se habia dedicado á las letras, segun la costumbre de la nobleza de aquellos tiempos. No obstante, pasó Lanfranco tres años en la mas perfecta soledad, á fin de instruirse en las obligaciones de la vida monástica, y particularmente en los divinos oficios segun la promesa que habia hecho á Dios.

Estableció despues una escuela, y enseñó desde luego con tanta reputacion, que acudian á ella de todas las Galias, no solo los niños y los clérigos, sino tambien los maestros mas famosos. Viéndose entonces Berengario mas abandonado que nunca de sus discípulos, buscó en la carrera teológica, que le era enteramente desconocida, un nuevo pábulo para mantener la curiosidad, ó por lo menos un freno contra la desercion. Interpretó de un modo contrario á toda la antigüedad los pasages de la Escritura que enseñan la real presencia de Jesucristo en la Eucaristia, se declaró contra Pascasio Ralberto, célebre entre los doctores que la habian sostenido unánimemente en el siglo nono y en todos los demas, y dió grandes elogios á Juan Escoto, que parecia haberla impugnado en el mismo tiempo, bien que con poco estrépito y con menor efecto. Escandalizado Lanfranco de la celebridad peligrosa que daba el novador de Tours á Juan Escoto, se esforzó á refutar en su escuela á aquel escritor pernicioso, y á vindicar la doctrina católica de Pascasio; con cuyo mo-

tivo le escribió Berengario en estos términos: «He sabido, hermano mio, por Engueran de Chartres, que censuras y tienes por herético el modo de pensar de Juan Escoto acerca del Sacramento del altar en todo lo que es contrario á tu favorito Pascasio. Si esto es así, no has hecho buen uso de tu ingenio, el cual no es despreciable, pero le falta todavia mucho estudio en la ciencia de la Escritura; y si te parece herege este doctor, cuyas opiniones apruebo yo, debes pensar lo mismo de Ambrosio, Gerónimo y Agustín, por no hablar de los demas.» Por esta carta, que fué delatada al concilio de Roma, se juzgó de los sentimientos heréticos de Berengario, el cual fué condenado en él y privado de la comunión. Pero como estaba ausente, se le citó al concilio convocado en Vercelli para el día 1.º de setiembre del mismo año, á fin de oír su defensa.

Entretanto se aprovechó de la ausencia de Lanfranco, que fué llamado al concilio de Roma, y procuró esparcir sus errores hasta en Normandía. Fué al monasterio de Preaux, que acababa de fundarse en la diócesis de Lisieux y respiraba todo el fervor de un instituto primitivo. Roberto, último duque de Normandía, le habia favorecido con sus beneficios; y á fin de transmitir sus sentimientos de benevolencia á Guillelmo su hijo y heredero, eligió á este príncipe por testigo de las disposiciones de su liberalidad con otros muchos jóvenes distinguidos, á quienes se dió una bofetada para que conservasen la memoria de lo que veian: práctica antigua desde entonces, y que sirve para esplicar lo que se ejecuta cuando se da la confirmacion á los niños. Luego que Ansfredo, abad de Preaux, oyó á Berengario, se horrorizó de una doctrina tan contraria á la creencia comun (1), por lo cual pasó prontamente el novador á verse con el duque Guillelmo,

(1) Durand. Troarn. part. 9, pag. 106. B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III. 24

figurándose que le sería mas fácil sorprenderle á causa de su corta edad; pero mostrando ya este príncipe la superioridad y rectitud de juicio de que dió despues unas pruebas tan brillantes, creyó que no debía decidirse por sí solo en materias de Religión. Detuvo, pues, á Berengario y reunió las personas mas hábiles de sus Estados en la pequeña villa de Brionne cerca de la abadía de Pico. Compareció Berengario con un discípulo suyo, en cuya elocuencia confiaba mucho; pero fueron refutados con tanto vigor, que se vió reducido á un silencio vergonzoso, y despues á la confesion forzada de la fé católica (1050); pero apenas salió de esta conferencia, escribió á sus ciegos sectarios una carta llena de sus blasfemias acostumbradas, y aun tuvo la audacia de tratar en ella de herética á la Iglesia romana y de imponer la misma nota al Papa San Leon, para vengarse de los normandos que estaban unidos en la fé con la Santa Sede, y de la excomunion fulminada contra él en el concilio de Roma. Sin embargo, no tuvo por conveniente entrar en una esplicacion individual de lo que habia pasado en Brionne, difiriendo responder á ello, como él decia, hasta que hubiese confundido al Papa y á los romanos en el concilio que iba á celebrarse en Vercelli.

Pero se guardó muy bien de asistir á esta augusta asamblea, á la que dan muchos autores el título de concilio plenario, y en efecto asistieron á ella obispos de todas las partes del mundo (1). No obstante, deseando guardar todavía algun miramiento, ó por mejor decir, proponiéndose el objeto de alucinar mas y mas á sus partidarios, envió dos eclesiásticos que pudiesen denigrar despues sus procedimientos y hacer sospechosa su legitimidad. Lanfranco, á quien desde el concilio de Roma habia obligado el Papa á

(1) Herm. Chron. ad ann. 1050.

quedarse en su compañía, como que era un hombre de los que mejor conocian el sistema del heresiarca, concurrió puntualmente á Vercelli. Se leyó allí en público el libro de Juan Escoto, que fué proserito por unánime consentimiento de todos. Se espuso despues la doctrina de Berengario, el cual desde el último concilio no habia hecho otra cosa que suministrar nuevas pruebas de sus errores, y se confirmó su condenacion á pesar de los artificios de sus emisarios. Apenas abrieron la boca para defenderle, manifestaron todos los obispos el horror con que miraban aquella doctrina. En este mismo Concilio suspendió el Papa de sus funciones á Hunfredo de Ravena por haber faltado algun tanto al respeto debido á la Iglesia de Roma. Desde que aquella ciudad empezó á ser la principal residencia de la autoridad de los griegos en Italia, conservaban sus arzobispos una altivez y unas pretensiones exorbitantes, las cuales perjudicaban especialmente á los patriarcas de Grado. Al mismo tiempo que Leon IX castigaba á Hunfredo, concedió el pálio á Domingo de Grado, con la prerogativa de hacer que llevasen la cruz delante de él. Pero esta antigua disputa no quedó todavía decidida, ni lo fué hasta tres años despues en que el mismo Papa decretó en su Concilio que el patriarca de Grado, por otro nombre la nueva Aquileya, seria metropolitano de las dos provincias de Istria y Venecia, segun los privilegios de los Sumos Pontífices.

Sin esperar el resultado del Concilio que se celebraba en Italia, iba Berengario haciendo de dia en dia nuevos progresos en las Galias; y como le era muy sensible la humillacion que habia sufrido en la conferencia de Brionne, publicó una carta dirigida á un sábio religioso del Pico, llamado Ascelino, que habia sido uno de sus mas terribles antagonistas en la disputa, propo-

niéndose con esto cubrir la confusion y vergüenza de su derrota y sostener á sus partidarios en medio de la indecision en que se hallaban. Niega en este escrito (1) que se le hubiese reducido á confesar que Juan Escoto habia errado en materia de fé, y con su doblez y sus artificios ordinarios esplica la confesion que se le habia obligado á hacer en este punto: á lo cual añade, que no se puede tratar de herege á aquel autor sin temeridad, injusticia é impiedad, y que al contrario, opinando con la única autoridad de Pascasio, que no queda nada de la sustancia del pan y vino en el Sacramento del Cuerpo del Señor, se adoptaba una opinion no menos contraria al sentido comun que á la doctrina del Evangelio y del Apóstol San Pablo. En la refutacion que de esa carta publicó Ascelino, empieza manifestando la nueva impostura de Berengario, y á fin de confundirle con argumentos de hecho, pone por testigos á cuantos asistieron á la conferencia, de que habia convenido en que era herética esta proposicion particular de Juan Escoto: «esto se hace en la apariencia y no en realidad:» *specie ista geruntur, non veritate*. Despues demuestra que la opinion que él atribuia únicamente á Pascasio es un dogma de la Iglesia universal; que es en todo conforme á la doctrina de los Evangelistas y á la del Doctor de las naciones; y en fin, que no contiene ninguna cosa contraria á la naturaleza, cuyas leyes esenciales no son mas que la voluntad omnipotente del Criador.

En las mismas circunstancias Adelman, maestraescuela de la iglesia de Lieja y despues obispo de Brescia, escribió á Berengario una carta concebida en estos términos (2): «Hermano mio, carisimo hermano mio, porque bien puedo darte este

(1) Ap. Lanfr. t. 9, p. 24.

(2) Ib.

tierno nombre en memoria de la dulce compañía en que hemos vivido en Chartres, tú mas jóven, y yo de alguna mayor edad, en la santa escuela del Sócrates cristiano nuestro venerable Fulberto: acuérdate, hermano mio, de las conversaciones que este Padre eternamente memorable tenia por la noche con nosotros en el huertecito inmediato á la capilla. Dirigiéndonos allí la palabra con tanta ternura que muchas veces no le permitian hablar las lágrimas, no cesaba, bien lo sabes, de repetirnos: «hijos míos queridos, seguid siempre los caminos trillados, y andad cuidadosamente por donde anduvieron los Padres, sin apartaros jamás á derecha ni á izquierda.» Librete Dios, carisimo hermano mio, de caminar por senderos extraviados. Apresúrate á desmentir los rumores que se han esparcido contra tí aun en Germania, y aumentan de dia en dia mi dolor en esta tierra estrangera. Me dicen continuamente que te has separado de la unidad de la Iglesia, enseñando que la hostia inmaculada que se ofrece todos los dias y en todas partes en nuestros altares, no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, sino una simple figura y una semejanza. Te suplico, pues, por las misericordias eternas, y por la memoria inmortal de nuestro incomparable maestro, que no turbes la paz de la Iglesia católica, por la cual han peleado tantos millares de mártires y santos doctores, y han prodigado su sudor y su sangre, defendiéndola de tal modo que están ya igualmente confundidos todos los hereges que ha habido y los que pueda haber en lo sucesivo.»

Esta exhortacion patética, y los argumentos sólidos con que establecia Adelman en la misma carta la creencia comun de la Eucaristía, eran sin duda alguna muy á propósito para hacer una sensacion eficazísima; pero los que llegan á formar un partido, solo atienden por lo comun á su sistema